

EL MONTE VIRGEN



LOS EMBOZADOS.

—Alto ahí, ú os mato, vive Dios!

Deberia responder á vuestra descortesía con una estocada; pero trazas tenéis, buen caballero, de estar demente, y os quiero perdonar la vida.

Gracias por vuestra generosidad; pero sabed que desde hoy, os mando que no paséis más por esta calle, y ceséis con vuestras importunas músicas.

—¡Hola! ; con qué tenéis tantos bríos, señor caballero, que así mandáis á quien de una mirada os puede hacer caer de miedo?

—Miedo, ¡vive de Dios! contestó el an-

tagonista, sacando á medias su espada. Os cortaría la lengua; pero no... quiero hablaros en razón, caballero: acercaos y escuchadme.

—Decid.

—Leonor va á ser mi esposa dentro de tres días.

—¡Leonor!

—Sí, Leonor; sus padres me la han concedido y.....

—¡Pero ella, ella?

—Ella se resigna, porque es una hija obediente.

—¡Os burláis, caballero!

—No, á fe mía; lo que os digo, es la verdad: la razón es muy clara; vos no tenéis ni blasones ni dinero, y yo tengo lo uno y lo otro.

—Pero Leonor me ama.

—Será muy posible, pero jamás hubiera sido vuestra. En cuanto á mí, me contento simplemente con su mano, que su corazón tarde ó temprano será mío; con que enterado de esto, os repito que nada tenéis que hacer por esta calle, y que vuestras rondas son inútiles, y vuestras músicas importunas.

—¡Ah! D. Diego, triunfáis de mí, y vais á sacrificar una víctima inocente; pero no os alegréis de vuestro triunfo: es necesario que uno de los dos quede muerto.

—Sed feliz, caballero, y Dios os dé más calma: dijo D. Diego, volviendo con desdén las espaldas á su adversario.

—Sed vos más feliz, D. Diego: mañana á estas horas nos veremos en este sitio.

—Si volvéis, os acuchillaré.

—Traeré mi espada, como ahora.

—De nada os servirá.

—Veremos.

—¡Loco!

—¡Infame! murmuró D. Juan alejándose.

Este diálogo pasaba en una callejuela sombría de Sevilla, á cosa de las diez de la noche: todas las puertas y ventanas estaban cerradas, excepto una, de donde salía una débil claridad.

D. Juan era un joven como de 24 años, y á la luz de un farol cercano, hubiera podido reconocerse una fisonomía noble y varonil, aunque un poco desmejorada, quizá por los pesares.

D. Diego, que era el que iba á casarse con Leonor, era ya un hombre de cuarenta años, de facciones duras, gran bigote, y ojos hundidos y pequeños. Luego que concluyeron la conversación que acaba de referirse, se embozaron en sus capas, y cada cual se retiró por extremo opuesto.

II
EL DESAFÍO

D. Juan quiso tomar esa noche una resolución violenta, por no comprometerse sin éxito alguno; pero al otro día tomó las siguientes medidas. En este tiempo, un armador de buques, próximo á hacerse á la vela en Cádiz para el Nuevo Mundo, solici- taba colonos ó depedientes, que dirigién- dose á México, se emplearan en el trabajo de las minas ó del campo. D. Juan se com- prometió á embarcarse en calidad de depen- diente de una hacienda del Cardonal; pero añadió el armador que necesitaba llevar consigo una parienta suya. Arregladas es- tas condiciones, se procuró un criado y dos caballos, y los apostó en una calle cercana á la en que vivía Leonor. D. Juan, además, tenía una llave falsa del zaguán de la casa de su amada, merced á la cual había gozado dulces ratos de conversación. Asegurado ya cuanto era posible, se dirigió á las on- ce de la noche, á la calle consabida. D. Die- go no se hizo esperar.

—Aun andáis contra mis órdenes en es- ta calle, desgraciado mancebo, dijo D. Die- go acercándose.

—Ya veis, he cumplido mi palabra.

—Entonces, puesto que vos lo queréis, cumpliré la mía, contestó D. Diego desem- bozándose y sacando la espada.

—Así os quería; no cobarde, ni traidor.

—D. Juan, vais á morir, gritó colérico D. Diego.

—Rezad por vuestra alma, D. Diego; os voy á matar: defendeos.

Los aceros se cruzaban como dos ser- pientes, los combatientes eran diestros, y el triunfo no podía decidirse por ninguno.

Al fin, D. Diego exclamó con una voz ahogada: ¡Dios mío, piedad! soy muerto: y cayó al suelo sin pronunciar una palabra más.

—D. Juan se quedó un momento en pie, contemplando á su adversario; mas miran- do que no daba señales de vida, lo tomó en brazos y lo colocó en el umbral de una puerta, y dirigiéndose con mucho tiento á la de la casa de Leonor, la abrió con cuida- do y se introdujo hasta su aposento.

El padre de Leonor dormía tranquila- mente. La calle estaba envuelta entre las tinieblas y el silencio. Leonor, arrodillada delante de un Crucifijo, rezaba y derrama- ba amargas lágrimas.

III.

LA FUGA.

D. Juan se fué acercando silenciosamente, sin atreverse á interrumpir la oración; tanto así era solemne su recogimiento y su hermosura.

—¡Ah, Dios mío! decía Leonor, recibe el sacrificio que voy á hacer; borra de mi corazón la imagen adorada de D. Juan.

—¡Leonor! ¡Leonor! exclamó D. Juan entusiasmado.

—¡D. Juan! ¿Y os habéis atrevido?

—Sí, á echarme á tus pies, á rogarte que te resuelvas á huir conmigo, y viviremos felices: mira, iremos al Nuevo Mundo, allí en medio de aquella naturaleza llena de vida y de encanto.

—D. Juan, estáis pálido, interrumpió Leonor; vuestras facciones están desencajadas y esa fisonomía desmiente lo que dice vuestra boca; ¡Dios mío! ¡sangre! estás herido. . . . ó...

D. Juan, en efecto, tenía una fisonomía que denunciaba su crimen: sus labios pálidos en vez de sonreír, tenían un movimiento convulsivo.

—Decidme, por piedad, ¿qué tenéis? continuó Leonor tomando una mano de D.

Juan. Pues bien, Leonor, todo te lo diré: he matado á D. Diego.

—¡Jesús me valga! exclamó Leonor ocultando el rostro entre las manos.

—Silencio Leonor, silencio, porque de lo contrario, podemos ser descubiertos. Vamos, Leonor, huyamos pronto de aquí, los caballos están preparados, y un criado fiel nos aguarda á la vuelta de esta calle.

—Yo huir, D. Juan, no; de ninguna suerte! dijo resueltamente la muchacha.

—Bien, Leonor, entonces ni yo tampoco: nuestras resoluciones son energicas y se parecen. Si tú rehusas huir conmigo, me entregaré á la justicia y. . . .

—¡Oh! de ninguna suerte, D. Juan, primero, primero. . . No me perdáis, D. Juan, no me arrebatéis mi honor, mi virtud.

—¿Y tú me dices eso, Leonor? Quiero que seas mi esposa, no mi querida, porque te amo, te idolatro, te respeto como á un angel del cielo.

—D. Juan, D. Juan, con esas palabras me hechizáis, siento que no puedo resistir á vuestra voluntad, y que por vos, abandonaría cuanto tengo de más sagrado en la tierra. . . ¡Ah! nunca, continuó variando de tono y asustada, nunca abandonaré á mi padre para huir con el matador de D. Diego.

—¿El matador de D. Diego? repitió el mancebo, sonriendo convulsamente y sentándose con mucha sangre fría en un esca-

ño; con que el matador de D. Diego, no tiene más arbitrio que entregarse á la justicia, y morir en una horca.

—¡D. Juan!

—Leonor, maté á D. Diego, porque te amaba, porque iba á casarse contigo, porque se burlaba de mi pobreza y de mi juventud, porque tenía celos de él, y porque, además, me insultó y un caballero no debía responder más que con la espada. Le maté, en fin, en desafío, como bueno y leal caballero. . . Concluyamos, Leonor: ¿quieres seguirme, ó me abandonas á mi suerte?

—¡D. Juan!

—Una sola palabra, una sola, Leonor; un "sí," y haremos todavía de nuestra vida un paraíso: un "no," y grito á tu mismo padre, para que me entregue á la justicia.

—¡D. Juan! por piedad huid, huid, vos solo.

—No, Leonor, no: te he dicho mi última resolución. Aguardo sólo el tiempo que dilate en vaciarse la arena de esa ampoyeta. Además, si no te resuelves, alguna patrulla puede pasar. . . . Acaso ya será tarde. . . .

Leonor ocultó su rostro entre las manos, y después de un instante de pausa, miró fijamente á su amante: después se echó en sus brazos y le dijo:

—Don Juan, me entrego á vos, con todo mi corazón, con la confianza con que me echaría en los brazos del ángel de mi guarda.

—¡Leonor mía! cuánto te amo.

Los dos amantes se estrecharon y se dieron un mutuo beso en la frente.

—No hay tiempo que perder, Leonor: vamos.

—Vamos, D. Juan. Dios mío, perdonadme, dijo en voz baja.

D. Juan y Leonor atravesaron en silencio algunas piezas y corredores, y llegaron finalmente sin ser sentidos al zaguán; más apenas había puesto el amante la mano en la chapa, cuando una ronda pasó, y oyendo los quejidos de D. Diego, que sólo estaba herido, se acercó á él.

—Estamos perdidos, Leonor: todo se ha descubierto; D. Diego va á decir mi nombre, y probablemente vendrán á buscarme aquí.

—Dejadme, D. Juan, nos salvaremos, dadme la llave: D. Juan obedeció, y Leonor abrió con resolución, persuadida que con la confusión de las diversas voces de los de la ronda, no había de permitir que se escuchase el ruido. En efecto, así sucedió, y Leonor entreabrió entonces la puerta, y poniéndose atentanamente á escuchar, oyó poco más ó menos este diálogo:

Ronda.—¿Quién os hirió?

Herido.—¿No me conocéis, por Dios?

Ronda.—En verdad que no recuerdo.

Herido.—Soy Don Diego de Mendoza.

Ronda.—Perdonad, noble caballero, ¿quién se atrevió á tocaros?

Herido.—El traidor D. Juan de Zúñiga.

Ronda.—Todo lo comprendo. Doña Leonor de Contreras, que iba á ser vuestra esposa...

Herido.—Quería arrebatármela... pero las fuerzas me faltan: conducidme á mi casa, y buscad al agresor, que debe estar acaso en la misma casa de Leonor. Ese infame tenía en su poder una llave falsa...

La voz del herido se debilitó, y tres alguaciles se dirigieron á la casa de Leonor. Esta, en el momento que observó esto, salió á la calle, seguida de D. Juan y cerró la puerta tras sí, y ambos se fueron deslizando por junto al edificio, de suerte, que cuando la ronda comenzó á tocar el zaguán, los dos amantes habían dado ya vuelta á la esquina. En el sitio convenido, hallaron los caballos, en los cuales montaron, y picando espuela, se alejaron de Sevilla con velocidad.

IV

EL NAUFRAGIO

D. Juan y Leonor llegaron sin obstáculo alguno á Cádiz, y como ya estaba el buque en disposición de hacerse á la vela para México, se embarcaron, y dos días después estaban ya en alta mar.

—Ahora sí, Leonor, le dijo D. Juan á su querida una noche que, sentados en la popa del buque, contemplaban la mar quieta y tranquila, retratando las estrellas que lucían en el firmamento; ahora sí que estamos libres, como el viento que infla las velas de este buque.

—Sí, D. Juan, libres en efecto; pero mi pobre padre, mi honor...

—¿Y qué te importa todo lo del mundo, alma mía? ¿No me tienes á mí, que te amo tanto? ¿No vas á ser mi esposa? no vamos á pasar una vida de placeres y de amor, lejos de nuestros enemigos, distantes de una tierra, donde tantas lágrimas hemos derramado?

—Es verdad, D. Juan, es verdad; todos estos son motivos de felicidad, dijo Leonor, inclinando melancólicamente su cabeza en el hombro de su amante.

—Mira, Leonor, no extrañarás á Sevilla: también en México hay un cielo puro y azul; también allí se respira el aire embalsamado. No lo dudes, Leonor; aquella tierra virgen nos recibirá en sus brazos, y nos ofrecerá un asilo de felicidad y de paz. Cuando ya nos unan unos lazos legítimos; cuando tengamos como fruto de nuestro amor un hijo, entonces escribiremos á nuestro padre, y él nos perdonará...

En esta grata conversación estaban, cuando Bartolo de Narváez, que era el capitán del buque, los interrumpió con su presen-

cia; bien que casi sin hacer caso de ellos, se puso á observar el horizonte con un antejo de noche.

—¿Qué miráis, capitán? le dijo D. Juan.

—Poca cosa, contestó el marino con indiferencia: una nubecilla que se divisa allá en el horizonte.

—¿Y qué? . . .

—¡Una friolera! es anuncio de una próxima tormenta. Si el viento no refresca un poco más, tendremos trabajos.

—¿Creeis la cosa muy seria, capitán?

—No podrá pasar de un naufragio si mañana al amanecer no estamos en la altura de la isla de Madera, y podemos ganar el puerto.

—D. Juan, dijo Leonor en voz baja y oprimiéndole el brazo, mi corazón me anuncia una gran desgracia.

—Calma tus temores, Leonor, quizá no será nada.

—Quizá Dios quiere castigarnos, D. Juan, y nuestras faltas alcanzarán á los infelices que navegan con nosotros.

—¡Hola! gritó el marino con voz de trueno, soltad todas las velas, no quede ni un solo pedazo de lienzo ocioso.

La maniobra se ejecutó al instante, y el buque recibió un impulso prodigioso.

Casi volaba como un alción sobre la mar. La brisa refrescaba mucho. De cuando en cuando se oía como el lejano estallido de un cañón de artillería. La noche se pasó entre la esperanza y el temor.

Al amanecer el día siguiente, el viento calmó, y las velas, flojas, servían sólo para aumentar la lentitud del buque.

El horizonte estaba nublado, y el sol apareció entre unas nubes rojas y moradas. La agua del mar tomó un color ceniciento, y las olas, pesadas y espesas, azotándose contra los costados de la nave, le imprimían un terrible movimiento oscilatorio.

El capitán mandó aferrar las velas y tomó todas las precauciones necesarias para resistir al peligro inminente que amenazaba.

El viento fué arreciando y la mar engruesándose.

Leonor rezaba en su camarote.

D. Juan, pálido, permanecía á su lado sin pronunciar una palabra.

La noche llegó, y con ella las ansias y las congojas para los pasajeros del "San Cayetano," que así se llamaba el buque, pues hacía mucha agua, y la bomba no era suficiente ya.

A las nueve de la noche un ruido sordo se escuchó. Las nubes de los puntos opuestos del horizonte se reunieron: y una espantosa lucha de la electricidad se entabló en el cielo, mientras tanto, la mar se enfurecía cada vez más, y el viento arrebatava al buque aquí y acullá, como si fuera una leve paja arrastrada por un remolino.

Un rayo tronchó el palo del trinquete, y un horrible grito de terror se exhaló por

todos los pasajeros. Los marinos ocurrieron á la bodega, y sacando unas pipas de aguardiente, llenaron sus vasos y bebieron con la avidez de un enfermo que espera su salud, de una bebida. El aguardiente es un seguro remedio contra el terror de un naufragio.

Cuatro ó cinco pasajeros rezaban, lloraban, se retorcian las manos y confesaban sus pecados á gritos.

D. Juan permanecía junto á Leonor; pero ésta perdió todo sentido y conocimiento cuando el rayo cayó en el buque. D. Juan se acercó á ella, examinó su respiración, y ni un soplo de vida salía de su boca; sus ojos, entreabiertos, estaban ya sin brillo; sus manos yertas, su semblante duro y helado como el mármol.

D. Juan la creyó muerta, y con una fría resolución salió de la cámara y se dirigió á la cubierta para precipitarse al agua. En la popa encontró al capitán sentado muy tranquilo, silbando una canción andaluza.

—¿Qué vais á hacer, camarada? le dijo á D. Juan.

—No lo sé, contestó éste casi fuera de sí. . . . Leonor ha muerto, y yo no debo sobrevivir.

—Bien, sentaos aquí, y agarrad bien este cabo, porque una ola puede llevaros. El cielo, el aire, el mar, todo se conjura contra nosotros. ¿No es esto bastante? ¿Es acaso necesario que nosotros pongamos al-

go de nuestra parte? Tranquilizaos, que en el resto de esta noche se acabará toda esta faena y nos marcharemos á la mansión de los pescados. El capitán siguió silbando su canción, y D. Juan, obedeciendo maquinalmente se sentó, y se asió fuertemente de un cable. En el resto de la noche el viento calmó un poco: cuando amaneció, la mar estaba menos fuerte; pero la embarcación estaba tan destrozada, que era imposible escapar.

D. Juan bajó al camarote. Leonor estaba muerta.

—Capitán, dijo D. Juan, estoy resuelto á echarme al agua; Leonor está muerta.

—¡Eh! ¿estamos con esas tonteras todavía? Tomad una chalupa, y vos, que sois más animoso, tratad de poner en salvó á una parte de los pasajeros, que yo me encargo de lo demás. El buque no puede tardar en irse á pique. Leonor no estará muerta acaso, y yo me encargo de salvar, aunque sea su cuerpo; os doy mi palabra que será sepultada en tierra firme; pero obedecedme.

D. Juan prometió obediencia, arrastrado por el imperio y el valor imponente del capitán, y en breve botaron al agua las dos chalupas. D. Juan tomó el mando de la primera.

En cuanto al capitán, se dirigió al camarote, tomó en brazos á Leonor, y se embarcó en la segunda. Apenas se habían alejado

diez varas, cuando la embarcación desapareció en un remolino de agua. Dos marineros que estaban demasiado borrachos, perecieron con el casco del buque.

Dos días caminaron las chalupas casi juntas: al tercer día se desviaron hasta perderse de vista, y para no volverse á juntar jamás.

V

EL ENCUENTRO.

Una tarde de esas puras y diáfanas, tan comunes en México en los meses de Abril y Mayo, se hallaban dos caballeros en un sitio algo pintoresco de los suburbios de México. Su paso mesurado indicaba que no tenían negocio alguno, y que solamente trataban de distraerse.

—Prodigioso es lo que me habéis contado, D. Juan.

—Ciertamente, amigo mío, que parece una novela de Lope de Vega; pero os juro que es la verdad. Hace hoy justamente tres años que pasó el naufragio, y de ahí proviene que os haya esta tarde promovido conversación tan lúgubre.

—¿Y decís que no habéis vuelto á saber de Leonor?

—Ni la más leve noticia. Supongo, que

ó la chalupa en que se embarcó el capitán naufragaría, ó que Leonor estaba muerta, ó acaso que el capitán, prendado de su hermosura... ; quién sabe! es cosa de perder el juicio, y cada vez que pienso en esto, ganas me dan de regalar toda la fortuna que he adquirido á los pobres, y retirarme á la celda de un convento.

—Locuras, D. Juan, quizás con el tiempo tendréis alguna noticia; pero acabadme de decir cómo os escapásteis. Quedamos en que el capitán os confió á algunos pasajeros, para que os salvárais.

—Dos días bogamos á la vista de la chalupa donde el capitán se había colocado con Leonor, á quien yo creía muerta: al tercer día, el viento nos separó á mucha distancia, y en la noche nos fué imposible reunirnos: el cuarto día perdimos enteramente la otra chalupa de vista; pero columbramos una vela, hicimos señales, y al quinto día nos recogió á bordo un bergantín de guerra, que nos condujo con felicidad hasta Veracruz. Esto me lo han contado, pues yo fuí acometido de una fiebre cerebral, desde el instante en que perdí la esperanza de reunirme con Leonor. Ya veis, la fortuna me ha favorecido y soy rico; pero la vida me es fastidiosa é insoportable, y el recuerdo de estas desgraciadas aventuras, me comprime y martiriza eternamente.

—Vamos, amigo mío, es menester una poca de fortaleza. El tiempo y la reflexión

os sanarán, y sobre todo, es menester procurarse distracciones: mirad, allí viene una dama tapada. Véamos si nos convertimos en personajes de comedia de Calderón de la Barca.

Los dos amigos se acercaron á la dama tapada, y ésta, que lo notó, apresuró el paso.

—¿ Creeríais, D. Antonio, que esta dama ha despertado mi curiosidad?

—¡ Vaya! mucho mejor, quizá...
—No, nada de amor ni de aventura deseo: sólo pienso... vamos, si el talle, el cuerpo, el modo de andar son iguales... Creería que era Leonor... pero no, esto es imposible...

En esto los dos caballeros se acercaron á la dama, y D. Juan le tocó el hombro, y le dijo con una voz dulce y meliflua.

—Bella incógnita, me habéis recordado tan tristes, á la vez que dulces memorias, que ya que tanto os parecéis en el talle á... desearía ver vuestro rostro.

Al oír estas palabras, la dama volvió la cabeza, y dando un grito, cayó desmayada en los brazos de D. Antonio, que acudió á sostenerla.

—¡ Ah! ¡ es ella, es ella! exclamó D. Juan fuera de sí, y arrojándose á quitar el velo que cubría el rostro de la dama... ¡ Ah! ¡ Dios mío, es ella! ¡ es ella! gritaba Don Juan. ¡ Me la habéis devuelto, Dios mío, gracias, gracias! D. Juan cayó de rodillas, y con los ojos bañados en llanto.

En efecto, aunque más pálida, aunque más extenuada, era Leonor; la Leonor tan bella y tan amada de D. Juan.

Don Antonio llevó á los dos amantes á una casita inmediata, á fin de que ambos se repusieran de una tan violenta y tan súbita emoción.

El lector calculará todo lo que dos amantes, separados durante tres años y reunidos de una manera tan milagrosa, se dirían... Omitimos por tanto esta parte, y sólo contaremos lo necesario para la aclaración de las maravillosas aventuras, que se refieren en esta verídica historia.

—Cuándo volví en sí, continuó Leonor estrechando la mano de D. Juan, lo primero que hice fué pronunciar tu nombre. El buen capitán me tranquilizó, asegurándome que te habías salvado. A los seis días, y cuando ya no teníamos ni agua ni víveres, quiso el Señor que llegásemos á la isla de Madera. Allí me informé de todo lo acaecido, me persuadí que habías perecido. Un mes pasé llorando...

—¡ Leonor mía! exclamó D. Juan, enternecido.

—Un buque, prosiguió Leonor, que venía de Veracruz, trajo la noticia que un bergantín de guerra, había recogido y salvado á los que iban en la chalupa. Desde entonces no pensé más que en embarcarme de nuevo y reunirme contigo; pero Dios dispuso lo contrario, pues en mucho tiem-

po no se proporcionó embarcación. En esto se pasaron seis meses, durante los cuales, el capitán, que se había establecido en la isla, me auxilió con la mayor delicadeza, no permitiendo ni aun que vendiera las alhajas que tenía consigo. Una noche que me hallaba yo sola, en una modesta casita que habitaba, entraron dos hombres enmascarados, me taparon la boca, y me condujeron al puerto, donde me embarcaron en un buque. Ocho días después estábamos en Cádiz. Allí estaba preparado un coche; mis dos enmascarados me obligaron á entrar en él, y no paramos hasta el convento de*** en Sevilla, donde me dejaron. Después supe que mi padre, sabedor de todo, me había mandado buscar á la isla, y había ordenado se me tuviera en el convento por todo el resto de mis días. También supe que D. Diego, restablecido de su herida, se había embarcado después para México, con el fin de vengarse y perseguirnos.

Dos años y cuatro meses permanecí en el convento, hasta que se me dijo que mi padre había muerto en una de sus fincas de campo. Entonces, ya libre, salí de mi encierro, y tributé á su memoria los honores fúnebres debidos, y protesté que, arreglados mis asuntos, volvería al convento, y profesaría. En vez de hacer esto, vendí secretamente mis bienes, y el día menos pensado me embarqué para venir á buscarte, ó

al menos vivir en la tierra que escogimos desde un principio para pasar algunos días felices. Hace dos días que llegué á México, y me informé al instante de tí en la posada, y me dijeron cuanto yo necesitaba saber, añadiendo que tus paseos, eran constantes por este rumbo todas las tardes. Estoy ya en tus brazos, D. Juan, y ahora no temería la muerte si me sorprendiera.

—¡Leonor! ¡Leonor mía! ¡ángel adorable! dijo D. Juan abrazándola.

Las caricias mútuas se repitieron, y el amigo D. Antonio fué testigo de una de las escenas que causan más envidia.

VI.

EL AMOR Y EL CAMPO.

Nunca se desarrollan tanto los sentimientos de amor, como cuando se vive en la soledad del campo. Parece que el sol radiante, que se levanta diariamente entre celajes de púrpura y de oro, rejuvenece nuestro corazón; que el dulce gorgceo de los pájaros, es una sentida melodía, cuyas vibraciones van al fondo del alma. En una palabra, el murmullo de las aguas, el ruido de los árboles, el sopro aromático de la brisa, el quejido de las palomas, esos paisajes siempre espléndidos, pero llenos de suavi-